

Por él mismo

Daniel Maximin



Aimé Césaire es un poeta esencial para comprender el valor de la cultura negra en el mundo. En Martinica es figura estelar para la historia contemporánea de esa isla. En el año 2009, la editorial Omnibus publicó el libro *Cent poèmes d’Aimé Césaire*, con motivo del primer aniversario de su muerte, ocurrida en abril 2008. El libro fue dirigido por Daniel Maximin, quien fue su editor y amigo. Publicamos aquí la introducción escrita por Maximin, también poeta.

A Como Armas milagrosas. Esas “armas milagrosas” de resistencia creadora (título de su primer libro, en 1946) son para Aimé Césaire las de la poesía, las del teatro, las del discurso: “mi boca será la boca de los maltratados que no han tenido boca, mi voz será la libertad de aquellos que están presos en las cárceles de la desesperanza.” En una historia que se inaugura por la colonización, la trata de esclavos, el poeta forja armas de palabra que devienen herramientas de emancipación y de identidad conquistada. Los Fermentos contra los encierros. Las herramientas robadas a los amos que destruyeron la opresión sin autodestrucción de la víctima, que expresan la humanidad del oprimido imponiendo también al opresor reconocer y asumir la suya. Todos los poetas caribeños transformarán luego siempre sus lenguas de dominio (francés, inglés, créole, español) en escrituras de resistencia “de palabras, pero palabras de sangre fresca, de palabras que están al ras de la marea” (...) y de las lavas y de los fuegos de los matorrales y de las llamas de la carne.”

I Como Isla. Césaire es un niño de La Martinica, es decir de una pequeña isla de mil cien kilómetros cuadrados, “pequeño cantón del universo” situado entre el mar de Los Caribes y el océano Atlántico. La soledad es original (“toda isla es viuda”), y la solidaridad está en imaginar y en conquistar para la percepción de las otras islas hermanas visibles en el horizonte. La cerrazón insular se abre sobre una conciencia de archipiélago que recorre toda el área del Caribe, collar de islas que la une a las Américas del Norte y del Sur y la vincula a los continentes de Europa y de África, según la exacta realidad geológica del movimiento de las placas tectónicas: “no estoy clavado sobre la más absurda de las rocas” “caballero del tiempo y de la espuma”. Ese movimiento de una conciencia solitaria hacia una identidad de archipiélago explica toda la poética de Césaire y su apertura de donde se irradia el fuego en el corazón de todos los terrenos.

M como Moi (yo), laminaria. Césaire escogió este título para su libro de 1981, por voluntad de manifestar su anclaje en su isla natal. La laminaria es un alga frágil, bamboleada al ritmo de las olas y del aire, del agua y de la tierra. Pero ella tiene la particularidad de estar sólidamente pegada a su roca, y ninguna tempestad puede arrancarla. Para Césaire, eso manifiesta la fuerza de la fragilidad, la fuerza de la delicadeza, la fidelidad a sus orígenes, a pesar de todos los movimientos, de todos los bamboleos y de todos los estragos de la historia, y de los cataclismos de la geografía: erupciones, terremotos, ciclones y maremoto. “El polvo de los alisios, por la virtud de la espuma y de la fuerza de la tierra (...) el acoso se hace alga laminaria”.

E como escritura. Para Césaire, la poesía es “la palabra esencial”, entre las ciencias seculares impuestas a los pueblos y la charlatanería de los falsos discursos. Tomar la palabra después de siglos de silencio no puede hacerse sino con un gran respeto por las palabras, por su fuerza, por la justeza de su rareza. Como lo proclamó desde 1944: “La poesía es esta apuesta por la palabra, por la imagen, por el mito, por el amor y el humor me instala en el corazón vivo de mí mismo en el mundo.” Por eso ella surge como expresión última de la libertad frente a las palabras amordazada, “hipo de lo esencial” más

allá del silencio y “la inepta charlatanería del ambiente de ciénaga.” Como la danza surge en tanto que resistencia última a los cuerpos encadenados. “La poesía, es para mí la palabra esencial. Suelo decir que la poesía dice más. Seguro, ella es oscura, pero es un “menos” que se transforma en “más”. La poesía, es la palabra rara, pero la palabra fundamental porque ella viene de las profundidades de los fundamentos, más exactamente, y es por eso que los pueblos nacen con la poesía”.

Como Cuaderno de un retorno al país natal. Es la obra maestra de un estudiante de veinticinco años que ha sido amasado por todas las culturas del mundo, rendido bajo todas las lecturas de todos los continentes, descubriendo a la vez las riquezas antiguas y modernas de Europa, de África, de Asia (lo ha leído todo) y casi enloquecido por la ausencia de raíces de esos mundos en su propia tierra natal, “tierra muda y estéril”, y su identidad alienada: “El atrofiamento monstruoso de la voz, el agobio secular, el prodigioso mutismo”. Afortunadamente, la erupción poética de su Cuaderno en 1939 va a salvarle de la desesperanza revelando en él las realidades escondidas de su propia geología. Es el pasaje de una visión desesperadamente horizontal de su país aparentemente sin historia, sin esperanza, sin palabra”, “esta ciudad inerte, esta muchedumbre gritona, tan extrañamente gritona y muda”, destruida por la opresión y la miseria, en la conciencia final de una identidad conquistada, de un pueblo “de pie y libre”/ (...) de pie en la barra/levantado en la brújula/ de pie a la carta/ de pie bajo las estrellas”. Un pueblo vertical que edificó el mundo nuevo de Las Antillas a pesar de los obstáculos de la historia y de los retos de los cataclismos, construyendo su identidad con ayuda de la geografía: “este no es un paisaje, es un país, no es una población, es un pueblo”.

E como compromiso (engagement). Es la fuerza de la creación poética de Césaire la que lo conduce al compromiso político, y no a lo contrario. Su compromiso político ha consistido ante todo en trabajar en la liberación de los pueblos del tercer mundo y por la igualdad en la dignidad de las culturas. En su carta de renuncia al Partido Comunista en 1956, escribe “ningún pensamiento, ninguna teoría valen si no son repensadas por nosotros y por todos nosotros. Es una verdadera revolución copernicana la que habría que hacer en Europa, tan anclada en el hábito de pensar por nosotros, en síntesis, en negarnos el derecho a la personalidad.” Y, a pesar de la primacía en él del acto poético, jamás ha renegado el tiempo y el espacio acordado por él en sus funciones de diputado y de alcalde de Fort de France durante medio siglo: “siento sin duda que la política es un modo de relación con eso esencial que es la comunidad a la cual pertenezco. Entonces ese es el reconocimiento que tuve con respecto a la política, porque en ningún momento habría podido detenerme un segundo en dudar que yo era de esta comunidad, que era de Las Antillas, que, digo yo, era de Trelat, que soy de Volga-Playa, que soy de Texaco, que soy hombre de suburbio, que soy el hombre de los manglares, que soy el hombre de la montaña. Y la política ha mantenido vivo ese lugar y viva esa relación!”.

S como sol “ojo fascinante mi ojo”. Toda la estética de Césaire está fundada sobre la palabra dada a la geografía, a la geología, a la flora y a la fauna del Caribe, aclaradas por el sol, “el insolente tizón, sílex alto para quemar la noche”. “Así mi poesía es una poesía desnuda. En todo caso, me piensa, es siempre en términos de tierra, o de mar, o de vegetal que me dibuja”. Consigue su enraizamiento estético en la fertilidad de la lava del volcán y en la abundancia surrealista del bosque tropical: “mi palabra captura las cóleras/soles para calcular mi ser/nativo natal”.

A como África y América. En su obra como en su acción, y no se trata solo de nostalgia de retorno hacia los continentes de los ancestros africanos o americanos. Son los lugares de fuerza, reservas de las memorias de luchas y esperanzas, como “el azúcar de la palabra Brasil en el fondo de la ciénaga.” Con la fuerza heredada de los grandes árboles- baobabs, palmeras, ficus- y los grandes ríos de los ancestros, Níger, Amazona: “a fuerza de pensar en el Congo/he devenido un Congo poblado de bosques y de ríos.” Se trata en sí de hallazgos de las dimensiones africanas y amerindias preservadas, y de la solidaridad activa con los oprimidos de la África de hoy. Césaire escribe para el teatro *Una estación en el Congo*, a partir del drama congolés de Lumumba, y *Una tempestad*, a propósito de los combates de Martín Luther King y de Malcolm X, dos piezas inspiradas por la más resaltante actualidad de su tiempo: “El mapa del mundo hecho a mi uso, no pintado con los arbitrarios colores de los académicos, sino con la geometría de mi sangre expandida”.

I como Insólitos constructores. Tanto en su poesía como en su acción política, fundamentalmente como alcalde de Fort-de-France, fiel a sus “desiertos” tendidos sobre el mar y las ciénagas, Césaire tuvo siempre la obsesión de construir, edificar la verticalidad contra la horizontalidad de la “ciudad plana, ostentosa”, y del mar: “edificar, construir, es la palabra contraria a la ruina, y yo creo que si hiciese un llamado a los jóvenes, a la nueva generación, diría, habría que construir”. Mensaje presente hasta en sus últimos poemas: “De todo lo que de montaña está construido en ti/construido cada paso desconcertante/ el cascajo soñador/no depara el puro rostro del devenir/constructor de un insólito mañana”.

R como Resistencia. “Preserva la palabra, hace frágil la apariencia, capta en el decorado el secreto de las fuentes, la resistencia triunfante”. Frente a toda opresión, interior o exterior, y lejos de las trampas del odio (“odiar, es todavía depender”) y del resentimiento. Césaire promovió la idea de resistencia creadora, solidaria de todos aquellos que se baten por edificar y no por destruir. Desde la introducción del primer número de la revista *Trópicos* creada en 1941 con su mujer Suzanne y René Ménil en Martinica, en plena opresión petanista contra Las Antillas, esta idea de resistencia se fija en la perspectiva de la acción y de la creación: “Donde miremos, la sombra gana. Uno a uno los hogares se apagan. El círculo de sombra se cierra, entre los gritos de hombres y de llantos bestiales. Por lo tanto estamos entre aquellos que dicen no a la sombra. Sabemos que la salvación del mundo depende de nosotros también. Que la tierra tiene necesidad de todos sus hijos (...) Los hombre de buena voluntad crearán en el mundo una nueva luz”.

E como esperanza. Como esperanza en el flanco del abismo, del poeta que habita “un paraíso fallido”, pero tiene confianza en toda tierra de humanidad. “No estuvo en el desierto/solo una gota de agua que sueña bien profundo/en el desierto no había/sino un grano volador que sueña bien alto/es suficiente”. Cuando llega el tiempo del balance, de las

esperanzas realizadas, del despertar de los sueños transcurridos a lo largo de todo el camino recorrido: “Evidentemente una vida de hombre no es ni sombra ni luz. Es el combate de la sombra y de la luz, no es una suerte de fervor y una suerte de angelismo, es una lucha entre la esperanza y la desesperanza, entre la lucidez y el fervor, y eso es válido para todos los hombres, finalmente sin ingenuidad alguna porque soy un hombre de instinto, estoy de lado de la esperanza, pero de una esperanza conquistada, lúcida, fuera de toda ingenuidad porque sé que allí está el deber. Porque el desesperar de la historia, es la desesperación del hombre.

Traducción: Celso Medina